

NEXOS

# Educar no es tan difícil como creemos

---

M<sup>a</sup> JESÚS COMELLAS



# **Educación no es tan difícil como creemos**

**Nexos, 2**

# **Educación no es tan difícil como creemos**

---

M<sup>a</sup> Jesús Comellas

**Lectio Ediciones**

© 2016, María Jesús Comellas  
© de la traducción: Antonio Belmonte  
© de esta edición: Lectio Ediciones  
C. Muntaner, 200, ático, 8ª  
08036 Barcelona  
lectio@lectio.es - www.lectio.es  
Eumo Editorial  
C. de Perot Rocaguinarda, 17. 08500 Vic  
www.eumoeditorial.com - eumoeditorial@eumoeditorial.com  
—Eumo es la editorial de la Universidad de Vic—

Primera edición: septiembre de 2016

Diseño de la cubierta: Control Z - Comunicació  
Foto de la cubierta: © iStock.com/Manuel Burgos

Maquetación: ebc, serveis editorials  
Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: T 409-2016  
ISBN: 978-84-16012-69-5

Queda rigurosamente prohibida sin autorización escrita del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

# ÍNDICE

<b>Prólogo</b> . . . . .	7
<b>Los niños: ahora, antes y siempre</b> . . . . .	11
<b>I Primeras ideas generales</b> . . . . .	17
1. Hay que vivir y enseñar a vivir . . . . .	21
2. Tenemos mucha experiencia y la podemos compartir. . . . .	27
3. También hay profesionales a nuestro lado. . . . .	33
4. ¿Una dosis de humor, aunque sea pequeña? . . . . .	41
5. Somos adultos y asumimos ese papel . . . . .	47
<b>II La familia: el mejor lugar para estar</b> . . . . .	55
1. Vínculos afectivos imprescindibles . . . . .	59
2. Buen ambiente en las relaciones domésticas. . . . .	67
¿Nos espanta la frustración? . . . . .	71
¿Nos desorientan las emociones? . . . . .	75
3. ¡Sí, claro! Como mandas tú... . . . . .	83
¿Hablamos de normas y límites o, mejor, de criterios? . . . . .	89
¿Y qué pasa si no lo hacen? Consecuencias . . . . .	93
4. La protección en su justa medida: entre exigencia y flexibilidad . . . . .	99
Sobrepotección: no, gracias . . . . .	102
Pero, ¿qué harán, si no los ayudamos? . . . . .	107
5. La sobrepotección es cosa de abuelos y abuelas . . . . .	111
6. Y encontramos tiempo para hablar, leer, contar cuentos y jugar . . . . .	119



<b>III</b>	<b>Pero, ¿cómo afrontamos el día a día?</b> . . . . .	125
1.	No nos despistemos, porque estamos educando . . .	129
2.	Participación y colaboración. Yo lo hago más rápido y mejor . . . . .	135
3.	Autonomía. ¿Para qué sirve? . . . . .	143
	Ya hemos llegado a los hábitos . . . . .	149
4.	No hacen falta castigos. Quizá haya que aprender a tomar decisiones . . . . .	159
5.	¿Ir por el mundo con seguridad implica madurez? .	167
<b>IV</b>	<b>Cómo crecen los niños. Ideas para el día a día</b> . . . . .	171
1.	Entre el despertar y la autoafirmación (de 0 a 6 años). Perfil de la edad e ideas educativas . . . . .	179 180
	Reacciones frecuentes. Interpretaciones y temores . . .	191
	Síntesis y algunas ideas . . . . .	194
2.	Qué mayor soy. Satisfacción por crecer (de 6 a 12 años) . . . . .	197
	Perfil de la edad e ideas educativas . . . . .	198
	Reacciones frecuentes. Interpretaciones y temores . .	204
	Síntesis y algunas ideas . . . . .	205
3.	¿Y esto cómo acaba? Preocupación por el cambio (de 12 a 14 años) . . . . .	209
	Perfil de la edad e ideas educativas . . . . .	210
	Reacciones frecuentes. Interpretaciones y temores . .	216
	Síntesis y algunas ideas . . . . .	217
4.	Por favor, ya no soy una criatura (de 14 a 18 años) . .	219
	Perfil de la edad e ideas educativas . . . . .	220
	Reacciones frecuentes. Interpretaciones y temores . . .	227
	Síntesis y algunas ideas . . . . .	228
5.	Ya he entrado en el mundo adulto (más de 18 años). Perfil de la edad e ideas educativas . . . . .	235 235
	Reacciones frecuentes. Interpretaciones y temores . . .	241
	Síntesis y algunas ideas . . . . .	242
	<b>Para acabar, otra mirada</b> . . . . .	245



## Prólogo

El título que se propone no tiene una intención provocadora, sino, más bien, tranquilizadora, aunque, por los comentarios recibidos, parece que no llega a convencer.

Surge de encuentros con familias que se sienten algo desbordadas en su quehacer educativo diario y esto hace que den a sus hijos una imagen de inseguridad y dudas constantes, muy distante de la serenidad en la actuación cotidiana que debería manifestar una persona adulta frente a las criaturas. Cuando necesitamos los servicios de un profesional, jamás aceptaríamos los de alguien que diera una imagen como la que proyectan los adultos de la familia.

¿Por qué se produce esta situación cuando las familias están más interesadas en el proceso de desarrollo y el proceso educativo de las criaturas? ¿Será porque los cambios sociales se atribuyen a las respuestas familiares? ¿Habrán tenido tantas dudas las generaciones anteriores?

La respuesta es general y contundente: no, no dudaban tanto. Estaban más seguras de lo que proponían, no se angustiaban si otras familias hacían algo diferente ni les preocupaban demasiado las protestas infantiles y adolescentes. Tenían claro que eran personas adultas y que estaban educando.

Se trata, pues, de buscar algunos de los factores que intervienen de forma evidente para dar otro enfoque a este debate social en relación con la imagen que se está dando de las familias y de su actividad educativa y mejorar la que tienen de sí mismas y la que proyectan en sus hijos.

Uno de los factores que incide en estos momentos es la gran cantidad de informaciones profesionales y libros de autoayuda sobre cómo afrontar las situaciones cotidianas y, en particular, los recursos para todo tipo de temas relacionados con la educación: cómo lograr algo, cómo criar a un bebé, cómo negociar con los

hijos, cómo resolver conflictos con enfoques muy diversos y con mensajes sobre sus repercusiones en el proceso de desarrollo y de aprendizaje.

Todo esto no se percibe como información complementaria, sino como cambios imprescindibles que hay que incorporar a partir de la idea de que los tiempos han cambiado y de que las experiencias recibidas y el saber cotidiano no tienen cabida en el mundo actual.

Por lo tanto, la tarea educativa se interpreta casi como una profesionalización y por eso se dice que alguien «no sabe hacer de padre o de madre porque no ha estudiado para eso» y a continuación se proponen escuelas de padres y madres que les enseñen a desempeñar la tarea cotidiana de acompañar a sus hijos en el crecimiento vital a lo largo de la infancia y la adolescencia.

Este mensaje, desde luego, refuerza la idea de incompetencia y de dificultad y da origen a la búsqueda del consejo de expertos que transmitan mensajes de seguridad y prácticamente den consignas sobre cómo educar, sin tener en cuenta el contexto, las circunstancias ni los momentos vitales de cada familia.

Evidentemente, este panorama no solo fragiliza la imagen social de las familias, sino que condiciona la toma de decisiones ante situaciones cotidianas, de las que, de hecho, se tiene información, porque están enmarcadas en la propia lógica y el imprescindible aprendizaje de las decisiones cotidianas y domésticas: lavarse, lavar la ropa o limpiar la cocina, hacer la compra, los horarios escolares y los laborales, el transporte, etcétera.

¿Qué hacer? ¿Cómo responder a las demandas infantiles y, especialmente, a las adolescentes? ¿Cómo responder a los argumentos en contra que esgrimen los hijos? La respuesta unánime es que educar es muy difícil.

Ante esta situación, podríamos matizar, para no exagerar, que educar no es demasiado fácil, porque las relaciones humanas tienen ingredientes que les aportan complejidad y, por consiguiente, cierta dificultad, pero no podemos entrar en esta espiral, porque no estamos hablando de relaciones entre personas adultas y simétricas que deben tomar decisiones de grande al-

cance, sino de vivir y enseñar a las criaturas la manera de gestionar la aventura de aprender a vivir, a crecer y a adaptarse a este mundo.

No se trata, pues, de recibir formación para realizar la tarea educativa cotidiana de los padres y las madres, sino de recuperar la confianza y el placer de vivir y convivir en el seno de la familia de la manera más serena, amable, estable y afectuosa posible, para garantizar que las criaturas entiendan que están en buenas manos, que los adultos las cuidan y que su familia las quiere y busca su bienestar y por eso las protegen y les exigen una madurez progresiva y responsabilidades lógicas que propicien su desarrollo y mayor competencia.

Asimismo, otro de los objetivos del título es reforzar la idea de que las protestas infantiles y adolescentes no forman parte de una actitud de oposición irracional a las demandas adultas ni son un afán de poner en evidencia a la persona adulta, sino que pretenden mostrar la necesidad de que los mensajes adultos tengan estabilidad y constancia, factores clave para poder adquirir seguridad en la identidad educativa de la familia.

La idea del libro —y especialmente la del título— es, pues, devolver la confianza en el rol parental adulto, algo que en estos momentos se llama *empoderar* y que consiste, más bien, en no minimizar el rol ni el poder absoluto de acompañamiento a las criaturas con el máximo de serenidad para poder soportar las protestas infantiles, lógicas cuando la demanda no es satisfactoria o cuando la exigencia implica renunciaciones.

## Los niños: ahora, antes y siempre

No cabe duda de que nuestro mundo ha cambiado, y mucho, si lo comparamos con el de hace unos pocos años, y hay que decir que en este mundo transformado de ahora los niños también han cambiado. Quizá por ello, curiosamente, cuando hablamos de los niños, nos remontamos a ese pasado no tan lejano con ánimo, tal vez, de establecer unos puntos de comparación que nos permitan acercarnos y entenderlos mejor.

Si bien no acostumbramos a oír comentarios nostálgicos sobre los vehículos que existían treinta o cuarenta años atrás, de la televisión de entonces, de los teléfonos ni de otros aspectos de aquella cotidianeidad, hoy en día sí que recurrimos a menudo a la evocación de una imagen bastante detallada —y quizá algo desvirtuada— de cómo creíamos que eran los niños de antes. Al hacerlo, hablamos de cómo éramos los que ahora somos adultos —padres y madres— y, sobre todo, de la forma de actuar de los que ahora son abuelos. A partir de estos recuerdos, construimos frases del estilo de «Cuando llegaba mi padre, todo el mundo obedecía», «Me lo decían una sola vez y ya sabía lo que tenía que hacer». Todo ello, no obstante, nos lleva a establecer una imagen parcial y desdibujada de esa infancia y, de paso, de la actual.

No podemos negar que algún aspecto de estos recuerdos es aún válido, pero hemos de valorarlo teniendo presente cómo era la sociedad de entonces, con qué recursos contaba, cuáles eran las tareas que se hacían en casa y en el contexto en que se vivía —bien diferente, según se tratara de un entorno rural o urbano—, las informaciones que se transmitían por radio o televisión y un largo etcétera de aspectos relevantes. Por lo tanto, habría que ver lo que estaba permitido hacer en un mundo mu-

cho más pequeño que el actual, lo que hacían los adultos en casa y en la escuela y, sobre todo, el tipo de exigencias, además de la formación que se daba en un mundo donde todo era más rutinario y en una escuela en la que todo lo que se aprendía era válido para toda la vida, el período de aprendizaje era mucho más breve y se ofrecían muchas menos posibilidades que en la escuela actual. Una vez establecidas estas ideas, desde la perspectiva de hoy, nos haría falta, finalmente, considerar si todo nos puede resultar todavía útil todavía.

Así pues, o bien nos inclinamos a pensar que todo tendría que volver a ser como antes o, sencillamente, hemos de dejar de creer que en el pasado todo era más fácil, para no dejarnos llevar por una melancolía falsa.

Y es que probablemente no querríamos aquel mundo para nuestros hijos, ya que hoy los hemos de educar para vivir en un entorno nuevo y cambiante y enseñarles a espabilarse de cara a afrontar el mundo del futuro, que será, con toda seguridad, bastante más complejo y diferente del actual.

Para entenderlo, nos resultará útil mirar algunos de los aspectos que han favorecido estos cambios y tener claro cuál es el lugar de cada generación.

Demasiadas veces olvidamos que, a partir de la Declaración de los Derechos del Niño, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas (resolución 1.386 (XVI) del 20 de noviembre de 1959), los niños disponen de un espacio mucho más amplio que antes y se les reconocen unos derechos que, aunque sean respetados por muchas familias, no siempre son suficientemente valorados y menos aún de manera general y en todas partes. Esta declaración, no obstante, ha sido un factor que ha cambiado muchas de las actitudes adultas con respecto a los niños y ha provocado un considerable desconcierto y aturdimiento, a pesar de que en algunos momentos no seamos conscientes de ello.

En este marco, se habla del niño como una persona considerada sujeto de derechos desde su nacimiento hasta los dieciocho años, salvo que la ley de un país reconozca antes su ma-

yoría de edad. Se habla de los derechos básicos a partir del principio de la no discriminación, sean cuales fueren sus circunstancias personales: el derecho a la vida y a tener un entorno que lo cuide y lo proteja de abusos y discriminaciones; el derecho a la educación en las condiciones más favorables para potenciar su desarrollo cultural y social, y el derecho a expresar sus opiniones y que sean escuchadas y guiadas para favorecer su maduración.

Esto no quiere decir que antes no existieran parte de estos derechos ni que ahora se respeten de manera segura y absoluta, pero, por lo menos, el hecho de hablar de ellos ha cambiado la manera de ver la infancia desde una perspectiva social. La imagen que tenemos de los niños y sobre todo de la adolescencia ha cambiado y, con la mejor de las intenciones, esto ha provocado unos cambios que han repercutido básicamente en las instituciones que se dedican a educar —la escuela, los lugares de recreo, las actividades culturales y deportivas— y, sin duda, en la calle y en casa.

A pesar de todo, los cambios no se han producido solo en relación con la duración de la escolaridad o la oferta de actividades ni con el hecho de que ya no se pueda aplicar el castigo físico, sino, sobre todo, con la actitud de las personas adultas frente a los niños. ¿Cómo hacemos que nos escuchen, si lo que les pedimos es un disparate? ¿Cómo decirles que no? ¿Dejarlos llorar se considera maltrato?

Esta larga lista de preguntas e inquietudes ha desestabilizado bastante a los adultos, no solo porque escuchan a sus hijos, sino porque los cambios comportan reflexión y revisión y parece que este reconocimiento de los derechos comporta «tener el derecho a exigir, poder enfadarse y protestar».

Yendo al otro extremo, ahora ya casi nunca se dice «Calla, que estamos hablando los adultos», ni, probablemente, «Espera, que estamos hablando», sino que se da prioridad a la criatura, aunque esta obligue a interrumpir la conversación de los adultos para escucharla. Hemos de evitar que se enfade y que proteste.

Seguidamente, los adultos refunfuñamos, porque no nos gusta lo que hemos hecho y generalizamos al decir: «Hoy en día no saben esperar» y «No puede ser que sean tan exigentes». Entonces, ¿por qué no les hemos pedido que esperen? De hecho, los niños hacen todo lo que les dejamos hacer, ¿no?

Sin duda, es importante que las personas adultas procuren ser mucho más dialogantes que antes, que den explicaciones y respuesta a las peticiones de los niños. Sin embargo, lo que ocurre es que, a menudo con la mejor de las intenciones, se acaban repitiendo los mismos argumentos para tratar de convencer y, por cansancio, las respuestas acaban siendo poco claras e incluso contradictorias. Por otra parte, demasiadas veces se nos escapan comentarios que ponen en evidencia nuestra insatisfacción, casi desesperación, ya que, con este discurso repetido, los niños no siempre obedecen o, por lo menos, no lo hacen tan de prisa como quisiéramos.

¿Qué hemos de hacer hoy en día cuando el niño no quiere comer, no quiere irse a dormir, no le gusta una cosa o nos hace esperar? ¿Cómo actuar cuando ya conoce todas nuestras explicaciones y cuando, además, las decimos con cierto desánimo?

Es evidente que nuestra manera de responder también influye en los niños. Quizá no nos demos cuenta, pero con esta actitud les transmitimos una imagen adulta muy frágil, que los deja más bien desvalidos: «¿Qué clase de adultos tengo en casa?» Los niños van aprendiendo que es posible que hagamos lo que nos piden por cansancio y entonces ellos interpretan que «en casa mando yo», «en casa hacen lo que yo quiero», y nosotros, ante esto, seguimos haciendo comentarios sobre los niños actuales, cuando, en definitiva, son fruto de nuestra respuesta y de lo que les dejamos aprender.

¿Cómo resolver esto? ¿Alguien conoce la solución y dónde encontrarla? Ya que formamos parte de un mundo en el que la comunicación es fácil, vamos a buscar un repertorio de informaciones en libros, programas de televisión, artículos de internet, comentarios y encuentros que nos ayuden a poner orden en esta situación educativa. Ingenuamente, buscamos aquí las

respuestas, ¡por no decir las recetas! ¡Buscamos a alguien que nos diga lo que hemos de hacer!

¡Qué sorpresa nos llevamos cuando nos damos cuenta de que no hay una única idea, sino muchas, con nuevos enfoques educativos para la familia y también para la escuela, y que todas pretenden lo mismo: dar respuesta a estos nuevos tiempos, esperando que disminuya el malestar! Lo que nos desorienta más, no obstante, es que entre todas las propuestas hay algunas que todavía crean más confusión y enojo, y que comportan un debate estéril sobre la manera de buscar nuevas formas de hacer de padre y de madre.

En efecto, no hay duda de que la situación no debería ser tan confusa y que deberíamos centrarnos en valorar que lo que cuenta es tomar conciencia de que la respuesta la tenemos nosotros mismos, a nuestro alcance. Hay que actuar con coherencia y adaptar nuestra forma de vivir a lo que decimos. Hemos de ser capaces de ver que tenemos una responsabilidad a la hora de ayudar a que los niños crezcan, de mostrarles cómo ir por el mundo, de explicarles los motivos y las razones que nos llevan a tomar las decisiones que nos afectan como familia y como personas y, sobre todo, les hemos de dar la seguridad de que están en buenas manos.

No hay que dudar tanto sobre el lugar que hay que dar a los niños y, en cambio, hemos de ayudarlos a conocer el lugar que ocupan los adultos que los educamos. Decimos, pues, que a nosotros nos corresponde educar y que esto no es una asignatura ni un tema teórico, sino que se trata de vivir juntos día tras día y de mostrarles cómo y por qué lo hacemos así. Les debemos mostrar qué clase de familia es la nuestra, que puede ser igual o diferente de otras en algunos aspectos. En cualquier caso, es nuestra manera de vivir, de cuidarlos y de educarlos.

Habrà cansancio, sin duda, pero no sentimiento de culpa, inseguridades, discusiones, chantajes ni rencor al pensar que los niños nos hacen la vida imposible. Son criaturas y han de actuar según la edad que tienen. Ya irán creciendo poco a poco. Por ello, en muchos momentos, será interesante que hablemos

entre nosotros y también con los profesionales más cercanos. Reflexionemos juntos para encontrar posibles respuestas a situaciones diversas y, sobre todo, procuremos no perder nunca el lugar y el rol educativo adulto apropiado para educar y disfrutar de la experiencia de ver crecer a nuestros hijos, de verlos madurar, serenamente y sin perder los papeles.